

# Miguel de Cervantes

# **DON QUIJOTE DE LA MANCHA**

Capítulos escogidos

Texto adaptado al castellano moderno por Antonio Gálvez Alcaide



**MORFEO EDITORIAL**

Miguel de Cervantes

DON QUIJOTE DE LA MANCHA  
Capítulos escogidos

Texto adaptado al castellano moderno  
por  
Antonio Gálvez Alcaide

Narrativa  
Biblioteca Clásicos

Morfeo Editorial

Morfeo Literatura

Copyright © de la adaptación

al castellano moderno, Antonio Gálvez Alcaide, 2011

© de esta edición: Morfeo Editorial

Imagen de cubierta: Dibujo de Gustave Doré, ilustrador del siglo XIX

[www.morfeoeditorial.com](http://www.morfeoeditorial.com)

[correo@morfeoeditorial.com](mailto:correo@morfeoeditorial.com)

Primera edición: mayo de 2011

ISBN: 978-84-937445-2-6

Digitalizado por Publidisa

Impreso en España

*Dedico esta edición del Quijote,  
rebajada de capítulos,  
a todos los estudiantes del mundo,  
siempre tan amantes de lo reducido.*

Antonio Gálvez Alcaide  
7 de abril de 2011

PRIMERA PARTE

EL INGENIOSO HIDALGO DON  
QUIJOTE DE LA MANCHA

1605

## PRÓLOGO

Desocupado lector: sin jurarlo me podrás creer que quiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y el más inteligente que pueda imaginarse. No he podido yo contravenir el orden de la naturaleza, ya que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, lleno de pensamientos volátiles y nunca imaginados por nadie, ideado en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu dan lugar a que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo para que lo colmen de maravillas y de alegrías. A un padre le toca tener un hijo feo y sin ninguna gracia, pero el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas. Antes las juzga por inteligentes y lindas y se las cuenta a sus amigos por agudas y graciosas. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padraastro de don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte, casi con lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector queridísimo, que perdones o disi-

mules las faltas que vieras en este mi hijo, pues ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en el cuerpo, y tu libre albedrío como el mejor pintado, y estás en tu casa, donde eres su señor, como lo es el rey de sus alcabalas, y sabes lo que generalmente se dice: que debajo de mi manto, al rey mato. Todo lo dicho te exime y te hace libre de cualquier respeto y obligación. Así que puedes decir de esta historia todo aquello que te parezca, sin temor a que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeras de ella.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato del prólogo, ni del innumerable catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que suelen ponerse al principio de los libros. Porque sé decirte que, aunque me costó algún trabajo escribir la historia, ninguno tuve por mayor que hacer este prólogo que vas leyendo. Muchas veces cogí la pluma para escribirlo, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría. Estando en suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en la mesilla y la mano en la mejilla, pensando en ello, entró repentinamente un amigo mío, gracioso y muy entendido, que, viéndome tan embelesado, me preguntó por la causa. No ocultándosela, le dije que estaba pensando en el prólogo que tenía que hacer sobre la historia de don Quijote, y que ni tenía la suerte de que me saliera, ni quería hacérselo, pero tampoco sacar a la luz, sin prólogo, las hazañas de tan noble caballero.

—¿Cómo queréis que no me tenga confuso qué dirá el antiguo legislador, que llaman vulgo, cuando vea que, tras tantos años como hace que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora, con todos mis años a cuestras, con un libro seco como esparto, ajeno de invención, menguado de estilo, pobre de conceptos y falto de toda erudición y doctrina;

sin acotaciones en los márgenes y sin anotaciones al final de la obra, como veo que tienen otros libros, aunque sean de ficción y vulgares, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que tanto admiran los lectores teniendo a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes? ¡Y cómo, cuando citan la Divina Escritura! No dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia; guardando en esto un decoro tan ligero que pintan en un renglón a un enamorado distraído; y en otro, hacen un sermoncico cristiano. Toda una alegría y un regalo oírlo o leerlo. De todo esto tiene que carecer mi libro, porque ni tengo qué poner a pie de página, ni qué anotar al final, y menos sé qué autores puedo citar en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, ordenados alfabéticamente, comenzando por Aristóteles y acabando por Jenofonte y por Zoílo o Zeuxis, aunque este fue pintor y el otro un detractor. También tiene que carecer mi libro de sonetos al principio, por lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos; aunque si yo se los pidiese a dos o tres amigos del oficio, sé que me los escribirían, y de tal manera que no los igualarían los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España. En fin, señor y amigo mío —proseguí—, yo decido que el señor don Quijote se quede sepultado en sus archivos de la Mancha, hasta que el cielo depare quién lo debe adornar de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, debido a mi insuficiencia y a mis pocas letras, y porque por naturaleza soy poltrón y me da pereza andar buscando autores que escriban lo que yo sé escribir sin ellos. De aquí nacen la duda y el embecimiento,

amigo, en que me hallaste. Como habéis oído, no pocas son mis causas.

Tras oírme el amigo, dándose una palmada en la frente y disparando una carga de risa, me dijo:

—Por Dios, hermano, ahora me acabo de desengañar del engaño en que he estado durante el mucho tiempo que hace que os conozco, en el que siempre os he tenido, en todas vuestras acciones, por inteligente y prudente. Pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo es posible que cosas de tan poca importancia y tan fáciles de remediar puedan tener fuerzas de crear dudas y retener a una manera de pensar tan madura como la vuestra, tan hecha a romper y atropellar otras dificultades mayores? Según creo, esto no nace de una falta de habilidad, sino de una sobra de pereza y penuria del discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo, en un abrir y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os ponen en duda, y que os acobardan, para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso don Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante.

—Decid —le repliqué yo, oyendo lo que me decía—: ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor y reducir a claridad el caos de mi confusión?

A lo cual, dijo:

—Lo primero en que reparáis, sobre los sonetos, epigramas o elogios que os faltan al principio, y que han de ser de personajes importantes y de título, se puede remediar con que usted mismo os toméis algún trabajo en hacerlos. Después los podéis bautizar poniéndoles el nombre que quisierais, ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador

de Trapisonda, de quienes yo sé que hay noticia de que fueron famosos poetas. Y si no lo hubieran sido y aparecieran algunos pedantes o algunos bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren de esta verdad, que no os importe en absoluto, porque, aunque averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con la que la escribisteis. En lo de poner citas en los márgenes de los libros y los autores de las sentencias y dichos para vuestra historia, no hay más que escribir, de manera que os venga a pelo, algunas sentencias o latines que sepáis de memoria, o, por lo menos, que os cuesten poco trabajo buscarlas. Como será poner, al tratar de libertad y cautiverio:

*Non bene pro toto libertas venditur auro.*

(«No existe bastante oro para pagar la libertad»).

Y luego, al pie, citad a Horacio, o a quien lo dijo. Si tratarais sobre el poder de la muerte, acudid con:

*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,  
regumque turres.*

(«La pálida muerte pisa igualmente las chozas de los pobres que las torres de los reyes»).

Si es sobre la amistad y el amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entrad en la Divina Escritura, con un poquito de cuidado, y nada menos que del mismo Dios, decid las palabras: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.* («Y yo os digo: amad a vuestros enemigos»). Si tratáis sobre malos pensamientos, acudid al Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malae.* («Del corazón salen los malos pensamientos»). Si es

sobre la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico:

*Donec eris felix, multos numerabis amicos,  
tempora si fuerint nubila, solus eris.*

(«Mientras seas feliz, contarás con muchos amigos; pero si el tiempo se nubla, te quedarás solo»).

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho a día de hoy. En lo que toca a poner anotaciones al final del libro, lo podéis hacer sin problemas. Si nombráis a algún gigante en vuestro libro, hacedlo de tal manera que sea el gigante Golías, y con sólo esto, que no os costará casi nada, tendréis una gran anotación, pues podéis escribir en el capítulo en que os encontréis: *El gigante Golías, o Goliat, fue un filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes.* Tras esto, para mostraros como hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced que en vuestra historia se nombre el río Tajo, y os veréis luego con otra magnífica anotación, poniendo: *El río Tajo fue nombrado así por un rey de las Españas. Tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa. Se dice que tiene las arenas de oro, etc.* Si tratarais sobre ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la sé de memoria. Si es sobre mujeres ramera, ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará a Lamia, Laida y Flora, cuya anotación os dará gran crédito. Si es sobre crueles, Ovidio os entregará a Medea. Si es sobre encantadores y hechiceras, Homero tiene a Calipso; y Virgilio, a Circe. Si es sobre capitanes valerosos, el mismo Julio César se os pres-

tará a sí mismo en sus *Comentarios*, y Plutarco os dará mil Alejandro. Si tratarais sobre amores, con dos onzas que sepáis de lengua italiana, os toparéis con León Hebreo, que os satisfará completamente. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, *Del amor de Dios*, donde se cifra todo lo que usted y el más ingenioso acertaran a desear en tal materia. En definitiva, no hay más sino que procuréis citar estos nombres, o colocar en vuestras historias estas que aquí he dicho, y dejadme a mí al cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo juro llenaros los márgenes y gastar cuatro pliegos al final del libro. Vayamos ahora a las citas de los autores que tienen los otros libros y que faltan en el vuestro. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habréis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, alfabéticamente, como decís. Ese mismo abecedario pondréis en vuestro libro, y aunque a las claras se vea la mentira, por la poca necesidad que tenéis de aprovecharos de ellos, no importa nada. Quizá habrá alguien tan simple que crea que os habéis aprovechado de todos en vuestra sencilla historia. Y aunque sirva para poca cosa el largo catálogo de autores, por lo menos servirá para dar de improviso autoridad al libro. Y aún más, no habrá quien se ponga a averiguar si seguiste a los autores o no los seguiste, por no irle nada en ello. Y si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que decís que le faltan, porque todo el libro es una invectiva contra los libros de caballerías, algo de lo que nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada san Basilio, ni alcanzó a Cicerón; algo que no cae en la cuenta de sus ficticios disparates la exactitud de la verdad, ni las observaciones de la astronomía; ni resultan de importancia las medidas geomé-

tricas, ni la confutación de los argumentos de quien se sirve de la retórica; algo que no tiene que predicar a nadie, mezclando lo humano con lo divino; algo que es un género hecho de una tela con la que no se ha de vestir ningún entendimiento cristiano. Sólo tiene usted que servirse, en lo que fuera escribiendo, de la imitación, y cuanto más perfecta, mejor será lo que escribirá. Y como vuestra escritura no mira más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay motivo para que andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino que procuréis que a la llana, con palabras significativas, honestas y bien colocadas, vuestra oración salga en período sonoro y festivo, pintando, en todo lo que alcanzarais y fuera posible, vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos ni oscurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el inteligente se admire de la invención, el serio no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En suma, llevad la mira puesta en derribar la trama mal fundada de estos libros caballerescos, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más. Si alcanzarais esto, no habrías alcanzado poco.

Con gran silencio estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones que, sin ponerlas en disputa, las tuve por buenas y sobre ellas mismas quise hacer este prólogo, en el que habrás visto, moderado lector, la inteligencia de mi amigo, la buena suerte mía en hallar a tiempo tan necesitado consejero, y el alivio tuyo en encontrar tan sincera y tan poco revuelta la

historia del famoso don Quijote de la Mancha, del que se dice, por los habitantes del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio por aquellos alrededores. Yo no quiero exagerar el servicio que te hago en darte a conocer a tan noble y tan honrado caballero, pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás sobre el famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que están esparcidas en la caterva de los libros vanos de caballerías. Y con esto, que Dios te dé salud, y que a mí no me olvide.

## CAPÍTULO 1

Trata de la condición y labor del magnífico hidalgo don Quijote de la Mancha

En un pueblo de la Mancha, de cuyo nombre no llego a acordarme, no hace mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, de adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Un cocido con algo más de vaca que de carnero, un salpicón la mayoría de las noches, platos de duelos y quebrantos los sábados, de lentejas los viernes, y algún palomino por añadidura los domingos, consumían las tres partes de su renta. El resto se concluía en un sayo de velarte, en calzas de terciopelo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo. Los días de entre semana se honraba con un vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, pues lo mismo ensillaba el rocín que cogía la podadera. La edad de nuestro hidalgo frisaba en los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Dicen que tenía el apellido de Quijada, o Quesada. En esto hay alguna diferencia entre los autores que escriben sobre este caso, aunque, según algunas conjeturas verosímiles, se deja a entender que se llamaba Quejana. Pero esto le importa poco a nuestro asunto, basta con que la narración sobre él no se salga un punto de la verdad.